

No tengo ninguna experiencia que se aproxime al aislamiento del hombre mencionado como un «leproso» en el Evangelio de hoy. Por supuesto, me acuerdo de ser el último chico elegido en nuestros deportes del patio del recreo porque yo era pequeño y descoordinado y de ser excluido de ciertos grupos en la escuela, porque vivía en una zona rural, pero asistía a una escuela en un pueblo cercano. También recuerdo lo que otro joven maestro en Iowa State me dijo cuando me presenté a él como un nuevo miembro de la facultad. Él dijo, «No puedo ser amigo con usted. Usted es de Mississippi». Él supuso que si fuera de Mississippi, fuera un intolerante racial. Por lo tanto, sí, he sentido rechazo, pero nada en comparación con él del leproso en el Evangelio de hoy.

Estudios de la Biblia nos dice que muchos tipos de enfermedades de piel pudieron ser denominados la lepra en aquellos días, y si leemos los Capítulos 13 y 14 de Levítico podemos ver la incertidumbre implicada en un diagnóstico. Sin embargo, la enfermedad real de la lepra es horrible y horrorosa:

La lepra es una enfermedad bacteriana crónica de la piel, los nervios de las manos y los pies y las membranas de la nariz. Uno de los primeros síntomas es la insensibilidad al dolor, que no se advierte ante rasguños o quemaduras. Las zonas insensibles adquieren una coloración distinta al resto de la piel. Con frecuencia aparecen parálisis musculares y fragilidad en los huesos, especialmente en los dedos de las manos y pies. Otros síntomas, ya más tardíos, son el abultamiento de la frente y la distorsión facial, a la que se ha llamado 'cara leonina'.

En tiempos antiguos e incluso hasta hace cincuenta años, la gente aquejada con la lepra era tratada como si ellos fueran criminales. La única otra persona u otras personas a que ellos podían acercarse eran otros leprosos. Tan pronto como los primeros signos de la enfermedad aparecían, la persona aquejada era totalmente separada de la sociedad. Esto significaba decir un adiós final a su familia, dejando atrás su manera de vida, su comercio, cada cosa y todo el mundo que alguna vez la persona había conocido y amado.

Gritando para ayuda, acercándose, y arrodillándose a los pies de Jesús, el leproso en el Evangelio de hoy viola la ley. Cuando Jesús llega y lo toca a él, también él viola la ley

Levítica. Jesús obedece la ley más alta de amor y compasión. Para la limpieza de la enfermedad de este hombre, Jesús reconcilia al leproso a su comunidad y a Dios. La declaración de limpieza ritual del sacerdote reintegra al expulsado a su familia y sociedad.

Está claro lo que separa a un leproso de la comunidad, pero ¿qué nos separa de otra gente? ¿Hay prejuicio en Story County, en Ames, en Santa Cecilia? Por supuesto, lo hay . . . todos tipos de prejuicios . . . y también esnobismo. ¿Algunas personas nos tratan como si nosotros tenemos la lepra? Sí. Ustedes saben esto tan bien como yo, sin duda todavía mejor que yo. Pero hay algo más que nos separa el uno del otro. Hay algo que nos separa aun de los miembros de nuestra familia.

¿Qué es lo que nos separa de uno al otro? Les sugiero a ustedes que es miedo. Nuestro miedo hace que nosotros nos aislemos. ¿Por qué es difícil decir, «Lo siento»? ¿No es porque tememos la respuesta? Si diríamos, «Lo siento», ¿tememos de que otra persona dirá, «Me alegro de que finalmente confieses que es tu culpa»? Quizás tememos que la persona dirá, «Tu debes sentirlo». O quizás tememos lenguaje corporal tal como un encogimiento de hombros que parece decir, «No me preocupo». O una sonrisa que interpretamos como, «Gané esta vez».

¿Tenemos que si nos hacemos vulnerables, los otros sabrán quienes somos en realidad? Si alguien nos conoce, ellos pueden herirnos. Por lo tanto, nos protegemos para nunca permitir que nadie conozca quienes somos. Cuando hacemos esto, estamos en una prisión que nosotros mismos construimos. Siempre estamos aislados, distantes, solos, muy solos. Es como si, dentro de la parte más íntima de nosotros, vemos la lepra; y si alguien lo ve, seremos condenados y expulsados.

Si gritamos ayuda, como hizo el leproso, si nos acercamos, y nos arrodillamos a los pies de Jesús, también él extenderá la mano y nos curará. Observen que dije, «Acercamos a Jesús y le gritamos a él». Yo no dije, «Vayan inmediatamente a la persona o a las personas de quien ustedes se han protegidos a si mismos». Es verdad que algunas personas nos atacarán. Pero a fin de comenzar la curación de nosotros mismos tenemos que poner en palabras nuestros miedos, nuestros dolores, y nuestras luchas. Recuerdo a mi suegra, que era una maestra de niños, contándonos acerca de las oraciones de sus estudiantes. «Los niños ruegan vacilante, «Querido Señor, estés con mi mamá . . . y mi

papá . . . y mi hermana . . . y perdona-nuestros-muchos-pecados-en nombre-de-Jesús-Amén»». Y pensé, «Quizás nosotros adultos le pedimos a Dios para perdonar a nuestros pecados de una manera similar». Supongamos que cuando le pedimos a Dios por su perdón de nuestros pecados, él dijera, « Me alegraré perdonarle. ¿Qué tiene en mente?» ¿Realmente sabemos cuáles son nuestros pecados por los cuales pedimos perdón?

Cristo hace disponible a nosotros su poder curativo en dos sacramentos: el Sacramento de Reconciliación, que muchas veces llamamos «Confesión», y el Sacramento de Unción, también llamado el «Sacramento de los Enfermos». Esta noche Padre John hace disponible a nosotros el Sacramento de los Enfermos. Para los que no estuvieron aquí la semana pasada y quisieran recibir el sacramento, yo quisiera leer otra vez del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

1514 La Unción de los enfermos «no es un sacramento sólo para aquellos que están a punto de morir [como mucha gente parece creer]. Por eso, se considera tiempo oportuno para recibirlo cuando el fiel empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez».

1515 Si un enfermo que recibió la unción recupera la salud, puede, en caso de nueva enfermedad grave, recibir de nuevo este sacramento. En el curso de la misma enfermedad, el sacramento puede ser reiterado si la enfermedad se agrava.

Es apropiado recibir la Unción de los enfermos antes de una operación importante.

Y esto mismo puede aplicarse a las personas de edad avanzada cuyas fuerzas se debilitan. [Es apropiado recibir la Unción de los enfermos cuando una persona tiene sesenta y cinco años o si una persona tiene un enfermedad crónica].

Como dije la semana pasada, el Sacramento de Curación es Cristo realmente presente en un sacramento en un momento particular en nuestras vidas cuando necesitamos su poder curativo. Este sacramento provee curación física, a veces emocional, siempre espiritual.